

sangre pura, ya que adivinase la manera fina con que Ocampo acudia á auxiliarlo, aceptó el trato y prosiguió su marcha.

Esta era la vida del filósofo, mientras la nacion sentia el peso de la tiranía que desplegaba entonces el dictador, vida dulce y tranquila que fué interrumpida repentinamente con una orden de destierro que obligaba á Ocampo á salir dentro de pocos dias para el extranjero. Otras órdenes obligaban á Degollado, Gonzalez Urueña, Garcia Anaya, Gabino Ortiz y otros michoacanos ilustres á marchar léjos de sus hogares.

Con Ocampo desplegó el tirano el lujo de su ferocidad. Una escolta le llevó hasta Veracruz. Los horribles calabozos de San Juan de Ulua le abrieron sus puertas, mientras venia algún buque que le condujera á las playas de los Estados-Unidos.

Amargos fueron para el señor Ocampo los dias del destierro. Falto de recursos, se consagró en la Bahía de San Luis y en la ciudad de Brownsville al oficio de alfarero, con cuyos productos pudo atender á sus gastos. Una de sus hijas, la esposa del señor Mata, le acompañó durante el tiempo de la expatriacion.

En los últimos dias de su gobierno habia pedido á Paris una factura de precios de los aparatos mas modernos para un gabinete de Fisica, regalo que queria hacer al colegio de San Nicolas de Hidalgo, á ese plantel que miraba como su obra predilecta. La factura vino cuando el filósofo iba á salir deportado; y no obstante que sus negocios sufrían en aquellos momentos un trastorno considerable, sacó de su finca los diez y ocho mil pesos que importaban las máquinas, y dotó al instituto civil con un gabinete que nada dejaba que desear en aquel tiempo.

El odio del bando conservador contra Ocampo no se contentó con verle abatido y pobre en el destierro. Se trató de confiscarle su hacienda, y con este motivo, el señor licenciado Francisco Benites le escribió á la Bahía de San Luis, pidiéndole instrucciones para salvar sus intereses. Ya se ha visto que Ocampo no tenia el menor apego al dinero; así es que contestó á Benites una larga carta, hablándole de su familia, del colegio de San Nicolas, de los recuerdos de la patria, y en unas cuantas líneas se ocupó de sus bienes, diciendo: que no se preocupaba de ellos, porque habia nacido desnudo y desnudo bajaría al sepulcro.

Entretanto, la bandera de la gloriosa revolución de Ayutla se paseaba triunfante por el territorio de la república: el pueblo mexicano se había levantado como un solo hombre contra el gobierno de Santa-Anna. De nada sirvieron á éste ni el apoyo decidido del clero ni el poder de su ejército de sesenta mil hombres. Aterrorizado ante la tempestad que se le venía encima, huyó otra vez á disfrutar en Turbaco los placeres que podían proporcionarle los inmensos tesoros sacados del país.

Don Juan Álvarez, ese Guillermo Tell de nuestras montañas del Sur, caudillo de la revolución de Ayutla llegó á Cuernavaca, en su marcha triunfal para México: allí investido del poder supremo de la nación, nombró el gabinete, encargando su presidencia y la cartera de relaciones al ciudadano Melchor Ocampo, espresion neta de las aspiraciones de aquella revolución regeneradora. La secretaría de guerra se encomendó al general don Ignacio Comonfort, el hombre mas popular entónces, por haber sido el mas afortunado en la campaña. Por desgracia Comonfort era uno de esos políticos de términos medios para quienes no llega nunca la hora de dar un paso decisivo,

comprometiendo así con sus vacilaciones la suerte de su país, carácter que era enteramente opuesto al del señor Ocampo. Trató este de aprovechar los momentos de la victoria, abriendo desde luego el camino de la reforma, *desideratum* del gran partido demócrata; pero Comonfort se opuso tenazmente á este paso que le parecia prematuro y arrastró del lado de su opinion á la mayoría del ministerio. Lleno de energía, le dijo Ocampo:

—Ó usted ó yo estorbamos aquí.

Pero como el mismo señor Ocampo lo decia, Comonfort estaba allí con el prestigio militar, por lo que comprendió aquel la inutilidad de sus esfuerzos y de nuevo se retiró de la vida pública, espidiendo á la nación un célebre folleto, intitulado, "*Mis quince dias de ministerio*," en que da cuenta de estos hechos.

Que Ocampo tenia motivos para no hacerse solidario de Comonfort, lo prueba demasiado el funesto golpe de Estado de 1857, que envolvió otra vez á la república en la mas sangrienta de sus guerras civiles.

Pero no nos anticipemos á los acontecimientos.

Don Juan Álvarez habia renunciado su candi-

datura para la presidencia de la república, contento y satisfecho con haber convocado al pueblo para que eligiese un congreso constituyente, conforme á la solemne promesa del plan de Ayutla. La nacion, deslumbrada por el brillo de las victorias de Comonfort, acudió á las ánforas electorales y depositó allí con entusiasmo el nombre del afortunado caudillo, llamándole á que rigiese sus destinos.

A la sombra de este gobierno irresoluto y tímido del porvenir, el congreso constituyente trabajó y espidió la carta fundamental de 1857 que ha destruido para siempre en la república el poder omnímodo del clero; porque cualesquiera que sean las emergencias porque pase este país, lo cierto es que el espíritu liberal de esa constitucion está ya inculcado en el pueblo. Podrá amortiguarlo un falso sentimiento de religion, bajo el pretexto de la libertad encadenada, pero esto mismo prueba que es ya la libertad un hecho consumado.

Ocampo habia sido elegido por muchos distritos para formar parte del congreso y éste le nombró miembro de la comision que habia de presentarle el proyecto de constitucion. Vease, pues, cómo

durante la vida de este ciudadano ilustre, su nombre está asociado á las grandes ideas y á los grandes acontecimientos de la patria.

La historia del congreso constituyente, escrita por el distinguido publicista Francisco Zarco, da á conocer qué importante participio tomó Ocampo en la redaccion y en las discusiones de un código político, eminentemente liberal, que ha colocado á México á la altura de las naciones mas civilizadas del mundo.

Supo el clero aprovecharse de la debilidad de aquel gobierno y hacerlo fácil instrumento de sus maquinaciones, y logró arrojarlo mañosamente en un camino estraviado y criminal; pero Comonfort, asustado de su propia obra y viendo que el golpe de Estado, léjos de servir á los intereses que se propuso, habia entregado la situacion en manos del partido reaccionario neto, puso en libertad al señor Juarez, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien con la constancia y el

patriotismo que eran en él naturales, organizó el gobierno y formó un gabinete liberal, compuesto de los señores Ocampo, Arriagá y Miguel Lerdo.

Muy pronto el partido clerical se adueñó de la mayor parte del territorio, siendo pocos los Estados que, como Michoacan, Guerrero y Veracruz, conservaron una actitud imponente. Todo hacia creer en el triunfo del plan de Tacubaya; mas el gobiernó legítimo, fiel á su bandera, en medio de tantas adversidades, era el centro de los liberales y procuraba á todo trance conservar y salvar el depósito que tenia confiado.

Se estableció primero en Guanajuato, y amagada esta capital por el ejército de Osollos, se trasladó á Guadalajara, en donde una traicion puso en inminente riesgo la vida de sus altos miembros. Allí fué donde la elocuencia de Guillermo Prieto y del señor Ocampo supo desarmar á los asesinos, hacer caer de sus manos los fusiles, próximos á hacer fuego y arrancar lágrimas á los ojos de los soldados, que un momento antes brillaban con la expresion siniestra del crimen.

Aquel gobierno errante se dirigió en seguida al Manzanillo y embarcado con rumbo á Panamá, lle-

gó algun tiempo despues á los muros de la heróica Veracruz.

Entonces comenzó para Ocampo la época mas gloriosa de su vida. Identificado con hombres como Juarez, Ruiz y Lerdo, ningun obstáculo se presentó ya para llevar á cabo su grande y soñada obra de la reforma.

En medio del estallido de la guerra y cuando mas fuerte rugía el cañon reaccionario, el gobierno de Veracruz, el gobierno legítimo, hacia sentir el poder de su influencia moral con la expedicion de una ley de reforma, una hoja de papel que iba á debilitar la fuerza del partido usurpador, al dia siguiente en que sus armas habian obtenido alguna espléndida victoria sobre los batallones liberales.

Márquez, Miramon, Robles Pezuela, Zuloaga, paseándose orgullosos y vencedores por toda la república, seguidos de un numeroso y brillante ejército, ¿qué eran, qué valian ante el creador talento de Ocampo?

Las leyes de reforma, minando el poder del clero, á la vez que alentando las esperanzas del pueblo, destruyeron aquel gobierno efímero, cuya estrella de tres años se eclipsó para siempre en la batalla de Calpulálpán.

Juarez, aquel hombre extraordinario que llena con su nombre tantas páginas brillantes de nuestra historia, quiso que Ocampo fuese el primero en ocupar la capital de la república, y le envió á ella investido de facultades estraordinarias en todos los ramos, nombrándole ministro universal. Acto de oportuna justicia, porque en aquella guerra se habian conquistado los principios de la reforma, y á Ocampo correspondia en cierto modo recibir el primero las ovaciones del pueblo agradecido.

A él tocó, pues, en suerte promulgar en México aquellas famosas leyes que fueron recibidas con el entusiasmo de un regocijo sin límites.

Los actos mas notables de su ministerio fueron la ejecucion de esas mismas leyes; el decreto, haciendo responsable al clero de las pérdidas y desgracias de aquella guerra civil; el destierro de los obispos, y la espulsion de los ministros extrangeros que se habian inodado en la política interior, favoreciendo al gobierno reaccionario, medida enérgica y severa que demuestra cuánto sabia apreciar la dignidad de su país.

Ocampo que creyó haber concluido su mision de hombre público puso su renuncia de ministro; y

aunque se le instó repetidas veces para que admitiese la pingüe direccion del Monte de Piedad, empleo que parecia adecuado á su carácter filantrópico, todo lo rehusó, retirándose por última vez á su deliciosa hacienda de Pomoca.

Cuenta la fábula que Licurgo, despues de haber dado á Esparta una sabia legislacion que hizo la gloria de aquel pueblo, llamó á los ciudadanos y haciéndoles jurar que observarían estas leyes hasta su regreso, se ausentó de su patria y no volvió jamás.

Oh! si nosotros pudiésemos tender el velo de la ausencia sobre los últimos dias de Ocampo, la pluma no se caería de nuestras manos ni rebosaría en nuestro corazon la sed de la justicia no satisfecha! ¡Aun viven los instigadores del crimen, existen todavía impunes los verdugos del mártir!

Al lado del cadáver ensangrentado, la historia ha puesto las antorchas luminosas de la verdad. Al esplendor de esos cirios se ve un cuerpo acri-